



LA MONJA ALFEREZ.

LA MONJA ALFEREZ CATALINA DE ERAUSO



Es una de las figuras más extraordinarias y originales del período de la dominación española en el Nuevo Mundo.

Nació D.^a Catalina de Erauso en San Sebastián en 1585 de distinguida y noble familia; muy niña la metieron sus padres en el convento de Dominicas del Antiguo de la misma ciudad. Este derruido convento ocupaba el mismo solar donde hoy se levanta el real palacio de Miramar.

Heredó de su padre el valeroso capitán D. Miguel de Erauso, el espíritu guerrero.

En el convento continuó once años, hasta que pocos días antes de su profesión, riñendo con otra monja, fué maltratada, é indignada, fingiendo una indisposición, se retiró del coro, escapándose de aquel retiro.

Ya en la calle, ambiente nuevo para ella, se internó en el monte, acomodó, sus ropajes al traje varonil, y á costa de no pocos trabajos llegó á Vitoria donde se colocó al servicio de un catedrático, al que abandonó por su rigor en enseñarle latín.

Pasó á Valladolid á servir de paje al secretario del rey, D. Juan de Idiaquez, y visitando á este un día el padre de Catalina, lamentaban ambos su desaparición, y temiendo dieran resultado las diligencias que se practicaban en su busca y como no la habían enseñado á querer á sus padres, porque ni les había tratado, y solo la habían hecho odiosa la clausura, se fugó de Valladolid á Bilbao.

Por herir en este último punto de una pedrada á un muchacho que se burlaba de ella, pasó un mes en la cárcel.

Siguiendo su vida aventurera sirvió en Estella á un caballero de Santiago; tuvo el valor de volver á San Sebastián, donde oyó en la iglesia del convento del Antiguo la misma misa que su madre y hermanos; embarcóse en Pasajes para Sanlucar, de aquí á las Indias en calidad de grumete en un galeón, al mando de un tío suyo; peleó contra los

holandeses; sustrajo á su tío quinientos pesos que le ayudaron á escapar, púsose al servicio de un rico mercader, y la siguiente aventura, por la misma Catalina referida, la retrata:

«Estábame yo un día de fiesta en la comedia, en mi asiento que había tomado, y sin más atención, un fulano Reyes, vino y me puso otro tan delante y tan arrimado que me impedía la vista. Pedíle que lo apartase un poco, respondió desabridamente, y yo á el; díjome que me fuese de allá que me cortarían la cara. Yo me hallé sin más armas que una daga; salíme de allá con sentimiento: entendido por unos amigos me siguieron y sosegaron. El lunes por la mañana estando yo en mi tienda, vendiendo, pasó por la puerta el Reyes, y volvió á pasar. Yo reparé en ello, cerré mi tienda, tomé un cuchillo, fuime á un barbero é hícelo amolar y picar el filo como sierra; púseme mi espada, que fué la primera que ceñí; vide á Reyes delante de la iglesia paseando con otro, fuime á él por detrás, y díjele: ¡ah señor Reyes!—volvió él y dijo: ¿Qué quiere?—díje yo:—esta es la cara que se corta, y dóíle con el cuchillo un refilón del que le dieron diez puntos: él acudió con las manos á su herida, su amigo sacó la espada vino á mí; yo á él con la mía; tirémonos los dos, y yo le entré una punta por el costado izquierdo que lo paró, y cayó. Yo al punto me entré en la iglesia que estaba allí. Al punto entró el corregidor D. Mendo de Quiñones, de hábito de Alcántara, y me sacó arrastrando y me llevó á la cárcel, me echó grillos y me metió en un cepo.....»

Alistóse algún tiempo después para Chile y el Secretario del gobernador de la plaza D. Miguel Erauso, pasando lista á la tropa al llegar al apellido Erauso, creyendo fuese algún pariente la abrazó y la tuvo en su propia casa.

Catalina pasó al lado de su hermano tres años, pero sin darse á conocer, habiéndose propasado un día en galantear á una dama de su hermano anduvo á cintarazos con él siendo desterrada.

En la batalla de Valdivia (Chile) contra los indios, en que las tropas chilenas perdieron mucha gente y la bandera, Catalina, en unión de dos soldados más, logró recuperarla, no sin haber recibido varias heridas. Este hecho de armas le valió el empleo y grado de alférez, encargándose además del mando de la compañía en la batalla de Puren, por haber muerto el capitán.

En la vida de guarnición no escasearon los duelos y las muertes, y sirviendo de padrino en un desafío, queriendo defender los padrinos á

sus ahijados, se acometieron mutuamente, resultando herido y muerto el de su contrario, cuyo padrino era su propio hermano el capitán don Miguel de Erauso.

Huyó, atravesó con mil trabajos los Andes, llegó al Potosí después de mil peripecias y aventuras; sufrió hasta el suplicio del tormento porque confesara sobre cierta sangrienta riña de dos señoras, sin que el castigo quebrantara su entereza; pero nada la amilanaba ni disminuía su carácter. «Entréme un día—dice ella misma—en casa de un amigo á jugar; sentámonos dos amigos; fué corriendo el juego; arrimóse á mí el nuevo Cid que era un hombre moreno, velloso, muy alto, que con la presencia espantaba y llamábanle el Cid. Proseguí mi juego, gané una mano y entró una mano en mi dinero y sacóme unos reales de á ocho y fuése. De allí poco volvió á entrar; volvió á entrar la mano al dinero y sacó otro puñado y púsoseme detrás; previne la daga: proseguí el juego; volvióme á entrar la mano al dinero; sentile venir, y con la daga clavéle la mano sobre la mesa. Levantéme, saqué la espada, sacáronla los presentes, acudieron otros amigos del Cid, apretáronme mucho, y diéronme tres heridas; salí á la calle y tuve aventura, que sino me hacen pedazos; salió el primero el Cid; tiréle una estocada; estaba armado como un reloj; salieron otros y fuéronme apretando..... Llegando cerca de San Francisco me dió el Cid por detrás con la daga una puñalada que me paso la espalda por el lado izquierdo de parte á parte, otro me entró un palmo de espada por distinto lado y caí á tierra echando un mar de sangre. Con esto unos y otros se fueron; yo me levanté con ansias de muerte y vide al Cid á la puerta de la iglesia, fuime á él y él se vino á mí diciendo:—¡Perro! ¿todavía vives?—Tiróme una estocada y apartéla con la daga, y tiréle otra con tal suerte que se la entré por la boca del estómago, atravesándolo, y cayó pidiendo confesión; yo caí también»

Curada milagrosamente de sus heridas, tuvo que huir perseguida hasta Guamanga, donde trabó también lucha con sus perseguidores; acudió el Obispo al ruido de la pelea; se apoderó de Catalina, llevósela á su casa y merced á sus consejos y exhortaciones, declaró aquella singular mujer su estado y la verdad de su vida.

Entro en el convento de Santa Clara; pasó á Suiza; comprobado no ser profesa, regresó á España, donde volvió á vestir su uniforme de Alférez, obteniendo del rey una pensión.

No aviniéndose su carácter aventurero á residir tranquila en Madrid,

partió para Italia, regresó á poco á España y fué á México, donde se cree que murió aquella mujer singular que tanto tiempo ocultó su sexo, y es fama guardó siempre su virtud.

Catalina de Erauso fué retratada dos veces, y las dos por pintores de mucho mérito: la primera en Roma, en 1626, por el ilustre Francisco Crecencio, y la segunda en Sevilla, en 1630 por el famoso Pacheco, suegro del inmortal Velazquez.

No ha sido posible saber el paradero actual del retrato que hizo Crecencio: el cuadro de Pacheco lo tenía en Madrid, á principios de este siglo, un comisario de Guerra sevillano, que lo vendió al coronel Shepeler, quien sirvió en España durante la guerra de la Independencia, cuya historia escribió.

El coronel Shepeler lo regaló, en Aquisgran, en 1828, al insigne literato y político D. Joaquín M.^a de Ferrer, abuelo del señor Marqués de Seoane, actual poseedor del cuadro.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

LA CRUZ DE GORBEA



En la cima del monte Gorbea, á las diez de la mañana del día dieciseis de Julio de mil novecientos uno, fiesta del triunfo de la Santa Cruz, se reunieron los señores Párrocos y Alcalde de Ceánuri y Murguía, respectivamente, don Manuel María de Arriola y don Ramón Rotaache, vocales de la comisión erectora de la Cruz monumental que ha de colocarse en dicha cima, don Angel Apraiz, don Ignacio Tolosana y don Ricardo Buesa, y en su sustitución por no poder acudir don Pedro R. Llamas, hijos de Vitoria y en representación de la Alcaldía de la citada ciudad,¹ varios señores sacerdotes y numerosos vecinos de los indicados pueblos y de otros limítrofes, con el laudable objeto de iniciar la proyectada obra de la Cruz de Gorbea. Al efecto, presente el arquitecto, director de la obra, don Casto Zabala, en unión de su ayu-

(1) El señor Alcalde de Vitoria en un B. L. M. dirigido al presidente de la Comisión, decía que tenía el honor de manifestarle que los señores citados representarían á la Alcaldía.